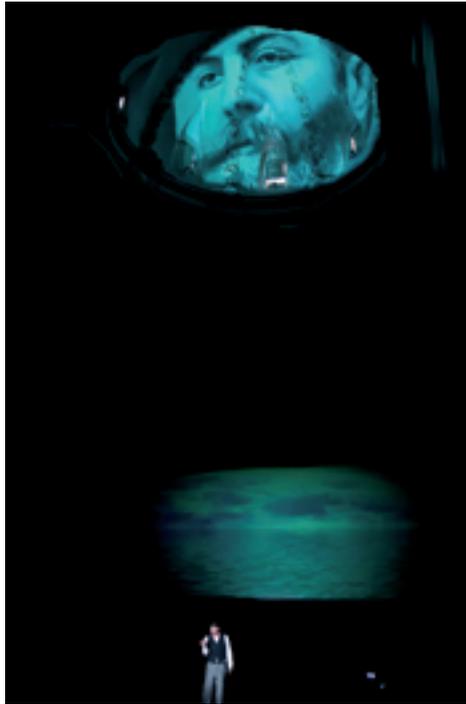

ESPECTÁCULO TEATRAL SOBRE JOAQUÍN COSTA



Imágenes del estreno de *Costa: sombras nada más*, en el Espacio Pirineos de Graus, el 10 de julio de 2011. (Fotos: Eduardo Lecina y Aitor Tellechea)

Costa: sombras nada más

JESÚS ARBUÉS¹

¿Quién fue Costa? es un libro pequeño, una reedición de un libro antiguo. Por ahí comencé mi documentación. Tenía que escribir un texto sobre un hombre del que no sabía casi nada. Había oído discursos vacíos y engolados, tan muertos como sus estatuas, sobre su categoría como prohombre. “¿Quién fue Costa?”, decía el libro. Fue allí, en ese primer día de trabajo, observando fotos antiguas, de gentes muertas y olvidadas, cuando se me ocurrió: escribiría a Costa sin Costa. Responderían a la pregunta de quién fue Costa una galería de personajes, de sombras, que convivieron con él. Gentes que existieron o que pudieron existir (“también la verdad se inventa”), y que volverán, por un momento, del polvoriento pasado. Rastreado en las páginas de su biografía, leyendo algunos de los innumerables escritos, fueron apareciendo estas *sombras* que, desde el amarillento anonimato de las fotos desvaídas, se nos presentan (anónimos unos, olvidados otros, apócrifos algunos) para contarnos su visión del genio. Unos lo admiran, otros lo detestan, hay quien intenta manipular su figura, algunos lo elogian sinceramente. Después de ver esta galería de sombras, el espectador podrá hacerse una imagen propia sobre una vida, y quizá intuya quién fue Joaquín Costa.

Quién fue Costa? is a small book, a reissue of an old book, which is where I began my documentation. I had to write a text about a man about whom I knew next to nothing. I had heard empty and pompous speeches, as dead as the statues, about his him being an outstanding citizen. “Who was Costa?” asked the book. It was then, during that first day at work, observing old photos, of dead and forgotten people, when it occurred to me: I would write to Costa without Costa. A gallery of people, of shadows, who lived at the same time as him would answer the question, Who was Costa? People who existed or may have existed (“truth is also invented”), and who will return, for a moment, from their dusty past. Searching through the pages of his biography, reading some of his many documents, these *shadows* started to appear which, from the yellowish anonymity of the faded photos, are introduced to us (some anonymous, others forgotten, some apocryphal) to tell us about their vision of the genius. Some admire him, others detest him, there are some who try to manipulate his person, some sincerely praise him. After seeing this gallery of shadows, spectators can get their own image of a life, and perhaps get an idea of who Joaquín Costa was.

El espectáculo *Costa: sombras nada más* fue producido por la Comisión Aragonesa para la Conmemoración del Centenario de la Muerte de Joaquín Costa (1911-2011), que impulsó el Gobierno de Aragón a través del Departamento de Educación, Cultura y Deporte.

Costa: sombras nada más contó con la participación de los grupos Adeshora Teatro, Teatro La Culebreta y La Mojiganga (de Graus), Trotamundos (de Monzón) y los talleres

1 Producciones Viridiana. jesusarbues@hotmail.com

municipales de teatro de Huesca, Barbastro y Monzón. Se estrenó en el Espacio Pirineos de Graus el 10 de julio de 2011 con el siguiente reparto (por orden de intervención):

PRESENTADOR. *Javier Abadías*

CORO DE CRIADAS. *M.^a Ángeles Fernández, Josefa Lorente, M.^a Dolores Güerri*

MANUEL CAMO, cacique oscense. *Juan Carlos Giménez*

MARQUESA de nombre desconocido, perteneciente a la delegación española en la Exposición Universal de París de 1867. *Lola Díaz*

ESPOSA DE SERAFÍN CASAS, y a la sazón madre de una joven a la que Costa pretendió como novia. *Eugenia Marquina*

OBRAERO sin identificar, admirador de Costa. *José Manuel Baena*

FALANGISTA dispuesto a corromper la evidencia. *Juan Álvarez*

MUJER POBRE, pero no tonta. *Conchi Girón*

DISIDENTE, en evidente estado de embriaguez, que pretende desmontar mitos sobre Costa. *Rubén Ortega*

MADRE DE COSTA. *María Guillén*

ACREEDOR 1. *Mariano Martínez*

ACREEDOR 2. *José Peyrón*

CONTRARRECOMENDADO. *José M.^a Torres*

MÉDICO DE COSTA. *José Luis Alarcón*

HIJA DE COSTA. *Patricia Castel*

VIAJERO FRANCÉS, que recorrió Aragón buscando a Costa cuando este había muerto. *Juan Carlos Lascorz*

REALIZACIÓN VÍDEO. *Ramón Día / Agustín Pardo*

TÉCNICOS EN DIRECTO. *Agustín Pardo / Rampa*

DIRECCIÓN. *Jesús Arbués*

El espectáculo se representó en el marco de las segundas jornadas sobre *El legado de Joaquín Costa*, en el Salón del Trono del Museo de Huesca, el 17 de noviembre de 2011, y posteriormente en Monzón y en Barbastro, los días 26 y 27 de ese mismo mes.

Agradecimientos

Al Espacio Pirineos (Graus) y a todo su personal, por cobijar el estreno.

A los grupos de teatro Trotamundos (de Monzón), Adeshora, La Culebreta y La Mojiganga (de Graus), y a los talleres municipales de teatro de Huesca, Barbastro y Monzón, por dejarnos a su gente.

Al Instituto de Estudios Altoaragoneses y a la Fundación Joaquín Costa, por guiarnos en nuestro estudio del maestro, y muy especialmente a Juan Carlos Ara y Marta Puyol, por hablar-nos de Costa tanto y tan amablemente.

Al Gobierno de Aragón, por su patrocinio.

Parte I

Maestro de ceremonias. Se viste y se comporta a mitad de camino entre presentador ceremonioso y payaso elegante. En el traje y en el gesto, un distanciamiento onírico.

PRESENTADOR.— Señores y señoras, esta noche no tendremos aquí a ningún imitador del León de Graus. Nadie simulará su cojera ni emulará sus discursos. Veo caras de decepción en el auditorio. Tranquilos, no se inquieten.

Hoy van a ver desfilan ante ustedes una surtida colección de rostros y palabras con gestos de otra época. Un retablo de gente ida, de gente de otro tiempo. Nombres que hoy solo son olvido. Imágenes desvaídas, sombras nada más al lado de Costa. Para todos ustedes, recuperadas de los mismísimos recuerdos del genio.

Aparecen, asoman, los personajes. Frases de Costa proyectadas en las paredes o dichas en lejanas y antiguas voces. Ecos lejanos.

El agua traerá
orden para los conservadores,
independencia para los liberales,
para los pobres riqueza,
para los ricos opulencia,
para el municipio ingresos holgados,
para los sacerdotes piedad,
para los maestros consideración,
para el usurero ruina,
para los carceleros huelga.

Recogedme (seguía diciendo en su infatigable canturía el río Ésera), no seáis ciegos ni desmañados ni cobardes; recogedme a mí, recoged a mi compañero, el río Ara; recoged a nuestro hijo común, el río Cinca; derramadnos por un sistema arterial de venas y brazos a través de vuestros campos, de vuestros olivares, de vuestras dehesas, de vuestros despoblados y páramos; y veréis resucitada la edad aquella en que los santos obraban milagros, y florecían las varas secas, y llovía maná, y se multiplicaban a ojos vistas los panes y los peces.

Sombras 1, 2, 3. Coro de amas, patronas y criadas.

Decididas y antiguas, se adelantan las amas del maestro, las patronas que hicieron sus comidas y fregaron sus platos. Sobre un fondo metafórico de casas derruidas, lo mejor y más noble del corrillo de la plaza. Ya saben, gentes de mala dentadura y peor lengua. Con algo de nobleza pueblerina que solo muerde de vez en cuando la mano a la que da de comer. Fieles al maestro, al que no entienden, pero respetan, pues “hasta en Madrid” (que es el Finisterre de su mundo) se respeta al genio.

CRIADA 1.— Antes de que empiecen los discursos...

CRIADA 2.— Antes de que empiece la gente a hablar con *palabros* que no conocemos, de cosas que no conocemos... ¡Tú, deja el *fumarro*, que nos han dicho que aquí no se puede fumar!

CRIADA 1.— Perdonen, señores.

CRIADA 3.— Antes que ninguno, hemos de hablar nosotras: las amas, las patronas, las sirvientas..., las que estuvimos a su lado.

CRIADA 1.— Y estuvimos sin decir nada, callando y obedeciendo.

CRIADA 2.— Que no teníamos nosotras que contradecir al genio.

CRIADA 3.— Que tenemos mucho que decir de todo lo que callamos.

CRIADA 1.— Lo primero que vamos a decir para que no haya dudas, lo primero para que nadie piense que venimos nosotras a ser más papistas que el papa y a motejar al hombre más grande que ha vivido en este lugar. ¡Y *pa* uno que sale listo!

CRIADA 2.— Venga, dilo ya. ¡Tanta *retorica*, tú también!

CRIADA 1.— Pues que, honrado, fue honrado como el que más, trabajador como el que más y...

CRIADA 3.— ¡Y qué poco le aprovechó, tanto trabajo, que bien poco lujo tuvo! ¡Toma, ya lo he dicho, que si no revienta! Es *verdá*, que si dieciséis horas trabajando un día, que si catorce otro, y nosotras...

CRIADA 1.— Nosotras, calladas. Dilo, que es así, pensando: “¿Si se estará haciendo millonario, este hombre, que no para ni de día ni de noche?”. Porque de noche dormía con la mesilla llena de papeles, con lápiz *afilao pa* que, si durmiendo le venía alguna cosa a la cabeza, no se le olvidara y la pudiera poner por escrito. Y, como se le ocurriera algo, pues que se levantaba y ya no se echaba.

CRIADA 2.— Tanto papel recogió y escribió que ni en dos carros cabía todo lo que había ido acumulando. Que a veces desde Madrid dicen que vino a Graus para buscar una nota de media cuartilla. Y, digo yo, ¿tan importantes pueden ser unas palabras para venir?

CRIADA 3.— Tú no le motejes eso porque no lo sabes, que si vino por algo sería.

CRIADA 2.— No sé nada. Y, como no sé nada, a callar. Pero yo le decía de vez en cuando: “Oiga, don Joaquín, ¿para qué guarda tantos papeles si ni aunque viva cien años los va a poder leer todos?”.

CRIADA 1.— ¿No dices que te estabas callada?

CRIADA 2.— Algo decía, aunque nosotras no sabíamos nada y solo teníamos que entender del cocido, que se lo comía frío a las seis de la tarde, día sí y día también, que los platos se quedaban tirados entre las sillas a la buena de Dios con los papeles.

CRIADA 1.— Y nosotras, calladas, que no entendemos. Pero tan tontas no somos, que cuando venía un pobre, o uno que se lo hacía, no le cobraba lo que tenía que cobrar, que de poco le valía la inteligencia para sacar rendimiento a las cosas que importan. Que, digo yo, un señor *medico* por dos u tres universidades...

CRIADA 3.— Doctor.

CRIADA 2.— Que se dice *doctor*.

CRIADA 1.— Pues, un doctor de esos, algo irá mal en el país cuando va peor vestido que un estanquero, un estanquero que ni la sabe hacer con un canuto y a lo mejor está allí por recomendación del cacique...

Sombra 4. Manuel Camo, alias Gustito, cacique.

Manuel Camo, obeso, sudoroso, de sonrisa ancha y traje que se queda por momentos estrecho ante su buen comer. Camo es un cacique de manual, de gestos suaves y tendencia a la broma. Mirada piadosa y condescendiente para los hombres pobres y mirada exhaustiva para las hembras de cualquier condición. De los hombres ricos, solo mira el corte del traje. Todo en él denota que no suele necesitar enfadarse, aunque todo en él anuncia que es mejor que no se enfade. Cuando lo hicieron, se rompió el molde.

MANUEL CAMO.— Bueno, yo comienzo a hablar: habla primero quien tiene que hablar primero.

Además, me están esperando en el Casino, ya acabarán luego estas señoras de contar sus chismes...

Que yo tengo alguna cosa que aclarar de mi relación con Joaquinito. ¡Tantas mentiras que se han dicho! Los historiadores, sobre todo. Gente vengativa, les damos estudios y ¿cómo nos lo pagan?: que si los caciques, los malvados caciques... Bien, aquí tienen a un cacique. ¿Tengo cuernos? ¿Soy el diablo?

Soy una persona... alegre, que me gusta la buena vida, las mujeres, el tabaco... (*Intenta sacar tabaco*). Ah, ¿que no se puede fumar aquí?, ¿ni siquiera yo?

Pues eso, una persona a la que le gusta la vida, sin más. Y una cosa es que me gusten las cosas buenas y otra muy distinta que me vaya el vicio, y otra muy distinta es que haya malnacidos que me llamen *Gustito*...

¡Ah, que sí, que he venido a hablar de Costa! ¡Perdonen ustedes! Joaquín Costa, nuestro enemigo. ¡Tonterías! Al final se puso un poco pesado, dijo cosas que no nos gustaron, se puso un poco *faltón*, que decimos por aquí: que si nos aprovechábamos de la gente, que si propiciábamos el retraso del pueblo, que... Si ya lo dijo el gran Cánovas: “Tengo la convicción profunda de que las desigualdades proceden de Dios, que son propias de nuestra naturaleza. Siempre habrá una minoría inteligente que dominará”. Lo dijo un señor que fue presidente de nuestra nación, no yo.

¡Ah, Costa! Sí, se puso extremista, con aquel vozarrón, Joaquín... Yo fui amigo suyo cuando era un joven. No se lo esperaban, ¿eh? Los he sorprendido. Un joven inteligente de estos que salen de cuando en cuando.

Le ayudamos, incluso (esto me gustaría que no saliera de aquí): le daba un poco de láudano, no por vicio, por sus dolores, que ya sabrán que desde joven tuvo. Se lo digo, éramos amigos.

¡Para que luego nos dijera lo que nos dijo, que amañábamos las elecciones! ¡Qué tontería! Entonces, si estaban amañadas, ¿por qué se presentó? ¿Que amañábamos las elecciones? Convencíamos a la gente menos preparada de qué era lo mejor para sus intereses, pero amañar...

¡Que ejercíamos violencia sobre la gente, decía! Si, antes de las elecciones, le regalábamos cosas a la gente —fruta, algo de comida—, ¿eso es ejercer la violencia? Con Joaquín no había manera, era muy persistente, muy *tozudo*, que decimos por aquí. Al final se puso bruto: decía que había que extirparnos, qué verbo más feo. En Monzón se puso tonto y le desmontamos el escenario. Pues él, tozudo, ¡se fue a echar el mitin a un corral! La gente decía que los íbamos a agredir. ¡Por favor, no somos bestias! Le sacamos la banda municipal, pobre Joaquín, allí hablando y la banda municipal tocando alrededor... (*Se ríe*).

¡Ah, Joaquinito! ¿Saben que fui yo quien lo recomendé para que fuera a trabajar a París a la Exposición Universal? Veintitún años tenía, nueve meses en París cobrando...

¡Joaquín Costa, Joaquinito! (*Se va riendo*). Dicen que aprendió mucho en París...

Sombra 5. Marquesa, de nombre desconocido, que formó parte de la delegación española en la Exposición Universal de París).

Marquesa sin identificar, pues no necesitamos saber quién es para entenderla. Elegante y distinguida, a la manera que se suele ser distinguida en la España provinciana y cateta “de cerrado y sacristía”. Habla con frases de otros, con pensamientos de otros, un manual de comportamiento social. De una simpleza sana y algo bovina, por momentos divertida. Con un atractivo simple, pero eficaz, de hembra bien amaestrada, bien alimentada y poco cultivada.

MARQUESA.— ¿Costa? Joaquín. Claro que lo conocí, por eso he venido. Desde el principio, me di cuenta. “La marquesa es muy observadora”, le dicen a mi marido, pero qué van a decir: claro, aduladores...

¡Ah, que he venido a hablar de Costa!

A todos los que trabajaban en la Exposición, a los encargados, los habían vestido ridículamente como a botones de hotel. ¡Con unos gorritos!... ¡Qué pena! A los que trabajaban, claro. A mi marido no, por favor. Mi marido iba a representar a España, a coordinar nuestra participación. Formamos un grupo encantador. Nueve meses en París... Fue muy divertido, hasta aprendí a decir varias frases en francés: “Si vu ple...”. Bueno, no me acuerdo.

Costa, ya, que he venido a hablar de Costa, no sé por qué me despisto... Un chico despierto, no sé cuándo dormía, no sé cuándo visitaba París, no sé cuándo se iba de fiesta. Todo el día con aquel gorrito, enseñando los productos españoles, explicando tal cosa sobre el aceite, sobre el vino... ¡Parecía como si le fuera la vida en ello!

Al final resultaba un poco molesto. Yo me di cuenta de que nos miraba mal cuando cogíamos una botella de vino o un jamón, o cuando nos fumábamos el tabaco. “¡Hombre —ya le dijo mi marido—, las cosas están aquí para enseñarlas, sí, pero también para probarlas! ¡No vamos a estar aquí enseñando las muestras a los extranjeros y no catándolas! Primero se cata y luego se enseña”. Ya lo dice mi marido: “¡Ah, cómo son estos chicos pobres: ellos no comen, nadie puede comer!”.

¿Fuego, no llevarán ustedes? ¡Ah, que no se puede fumar! ¿Las damas tampoco?

¡Qué meses en París, qué buenos productos habíamos llevado! ¡Si engordé seis kilos con aquel jamón!... ¡Casi pierdo la línea! Y él, todo el rato enfurruñado. ¡Se lo tomaba muy en serio!

Yo le decía a mi marido: “Este chico llegará, tiene condiciones. Lo veo de secretario en algún ayuntamiento o de contable en alguna fábrica”.

¿Qué ha sido de él? ¡Ah, ha escrito un libro! ¿Sobre qué? ¿Alguna cosa de amores?

Sombra 6. Esposa de Serafín Casas.

Madre y esposa de Huesca de principios de siglo. Perdida la belleza, perdido el encanto paleta y juvenil, solo le queda el buen nombre de su familia, el prestigio provinciano donde

la boda de la hija es un elemento fundamental. No hay nada más de lo que enseña: simpleza y maldad. Su presencia hace mejores a los que no aparecen. Toda su intervención tiene un inevitable aire cómico.

ESPOSA DE SERAFÍN CASAS.— Perdone que la interrumpa, pero tengo prisa, he venido en secreto. ¡Si mi marido supiera!... Pero esto tengo que aclararlo. Nosotros no tuvimos nunca nada en contra de ese chico, de Costa. Bueno, yo sí: que era pobre, pero a mi marido —que es el que manda— eso le daba igual, ya saben cómo son los hombres.

Pero, por lo demás, nada. Y eso que nunca me gustó esa cojera, y esos andares, torcidos... Si un hombre a los treinta está así, ¿cómo estará a los cincuenta? A mí no me gustaba, eso deslució mucho en los bailes. Pero a mi marido le daba igual, dice que bailar se puede bailar cojo: para como baila él, desde luego.

Bueno, el caso es que nos daba igual, sobre todo a mi marido, que lo tenía bien considerado. Decía que era culto, que tenía talento, que era estudioso y trabajador. Mi marido es médico y le da mucha importancia a estas cosas de los estudios. Bien, hasta ahí bien.

Pero cuando nos enteramos de que ese..., bueno, intentaba festejar con mi hija, nos enfadamos. Bueno, yo me enfadé. ¡Mi hija, con ese! Yo creo que no lo amaba; le hacía gracia, eso sí. ¡Claro, como el otro, pervertidor, le escribía versos!... Y aunque era cojito, aunque ya tenía treinta años, pues aquellos versos, ¡con dieciocho años, y con los patanes que hay en este Huesca, que no saben poner una poesía a una moza ni copiada de Gustavo Adolfo!... ¿Se puede fumar aquí? No es que fume, pero de vez... ¿No? Perdonen ustedes.

Bueno, mi marido no se enfadó, pero le dijo a la niña: “¡No te dejo festejar con ese hombre porque es un krausista!”. La niña se quedó boquiabierta, y yo también, boquiabierta y un poco asustada por no saber cómo de malo era eso del krausismo. Parece ser que eso de krausista, como su propio nombre indica, es ser ateo, pensar por libre y creer que la ciencia vale más que Dios. Bueno, mi marido lo explica mejor que yo. Y, claro, mi marido, que se llama a sí mismo *ultramontano*, que viene a significar “muy católico, muy apostólico y muy romano, y muy español”, claro, pues eso sí que no, que no la dejamos, pero sin enfadarnos ni gritar ni nada: “¡Niña, esto es imposible, y aunque venga el rey a pedírmelo tú no te casas con ese”.

Y el tiempo nos dio la razón. ¡Vaya si nos la dio! Luego tuvo una hija en secreto, sin estar casado. Me dijeron que la había intentado bautizar y poner el nombre de *Antígona*... ¡Antígona, vaya nombre! A mí al principio me sonaba a la historia sagrada, pero parece ser que no. El cura se negó en redondo, ¡y María Pilar le tuvieron que poner! ¿No querías nombre raro? ¡Pues toma, María Pilar, se le estuvo bien por krausista!

Bueno, pues eso, que he venido para dejar claro eso. Ya está. Y mi marido no lo sabe...

Parte II

PRESENTADOR.— Señoras y señores, tomémonos un respiro. Son demasiadas palabras las que se están soplando en nuestros oídos. Nos esperan cosas muy sorprendentes. Tomemos aire, nuestras sombras están iluminando la imagen del genio.

Aparecen letras, como sombras, ecos, voces...

Costa andaba despacio; parecía agobiado, abrumado por un tremendo peso misterioso, por una anonadadora fatiga...

Él dijo una vez: “Soy un labriego aragonés forrado en intelectual”.

Estoy muy triste, tengo el mal de los libros, el mal de la ciencia. ¡Cuánto me gusta la filosofía! Estoy triste, muy triste.

Si no puedo estudiar, no quiero vivir.

Sombra 7. Obrero desconocido.

Hombre de apariencia sencilla al que el autor trata con inusitada benevolencia y concede una capacidad para la ironía y la comprensión del contexto vital bastante singular. Personaje posible, aunque improbable.

OBRERO.— Ya que me han dejado hablar, y últimamente cada vez que un obrero habla en España acaba en la cárcel, he de decirles antes que no voy a decir nada pensado por mí. Por cierto, ¿no tendrán un cigarrito para...? ¿No? Bien, no pasa nada, sigo con lo mío.

Antes de que me instruyan una causa por propagación de teorías revolucionarias, que sepan que todo lo que hable serán palabras de Joaquín Costa. Entonces puedo afirmar sin miedo que “las hoces no deben emplearse nunca más que en segar mieses, pero es preciso que los que las manejamos sepamos que sirven también para segar otras cosas”.

Creo que esta gente tan ilustrada me ha entendido ya, pues don Joaquín era del pueblo y se expresaba muy claro cuando quería, y aún he de añadir: “Si además de segadores queremos ser ciudadanos, debemos saber que las hoces pueden segar otras cosas que el trigo; mientras lo ignoremos no formaremos un pueblo, seremos un rebaño a discreción de un señor, de bota, de zapato o de alpargata, pero de un señor”.

Son palabras fuertes. Quizá son un poco, ¿cómo decirlo?, incendiarias, pero qué voy a decir yo si el propio dictador, perdón, general que nos gobierna se ha declarado discípulo de don Joaquín. ¿Quién es este pobre obrero para contradecirle?

¡Aunque no lo seguían tanto ni lo admiraban tanto cuando estaba vivo! ¡Y lo acusaban de anarquista y de comunista! Claro que el maestro entonces los llamaba *rentistas, fabricantes de hambrientos artificiales o ministros de la muerte...* También recuerdo cuando Costa les

hablaba de los labradores y de los proletarios: en España, ¡diecisiete millones han pagado con ríos de sangre la civilización que disfruta el medio millón restante!

No me miren con esa cara, a ver si voy a tener ahora un problema por decir lo que el gran Costa dijo, esa gloria nacional que todos admiran. Confío también en que me dejen hablar un buen rato, pues aunque observo que la Guardia Civil mira al alcalde, y este mira al cura, incluso uno ha ido a buscar al juez para encausarme, sé que antes de hacerme nada todos habrán de preguntar al cacique, a ver si está de acuerdo, a ver si él opina que me deben encausar, y hasta que el cacique no se pronuncie nadie se moverá del sitio, nadie moverá un papel. Aunque yo diga, como dijo Costa, aquello que tan poco les gusta: que los ricos han hecho política antihidráulica, contraria a los intereses del pueblo, resignándose a vivir con solo un ojo en la cara con tal que los pobres careciesen de los dos.

No les voy a pedir que no me detengan, pero cuando hablen de Costa, cuando se declaren sus seguidores, piensen que hay nombres que no se deben eructar. El nombre de Costa es una hostia con la que no pueden comulgar todas las bocas (ya me perdonará usted, señor cura). El nombre de Costa es como el de Dios: hay que pronunciarlo con labios limpios y añadiéndole siempre una bendición o una alabanza. Hacer otra cosa es cometer sacrilegio.

Sombra 8. Falangista intentando corromper la evidencia.

Hombre abrumado por lo imposible de su labor. Bajo escalafón del aparato ideológico del régimen franquista. Rata de oficina a la que se le ha raído el uniforme y se ha ido volviendo polvoriento y triste. Arrogante con el débil y sumiso con el fuerte. Toda la miseria, todo el miedo del que se sabe débil, del que se sabe metido a simplificar, a resumir, a convertir en recetas nacionalcatolicofranquistas un pensamiento como el de Costa, que no comprende y que le desconcierta de puro contradictorio. Nos intenta convencer de un triunfo en el que él mismo no cree.

FALANGISTA.— Eso me dijeron: ¡que Costa era incompatible con nuestro Movimiento Nacional!

A mí, que estoy escribiendo un libro titulado *Costa, el profeta del espíritu nacional*. ¡Costa no es compatible con nuestro Movimiento Nacional! (*Risas*). ¡Derrotistas! ¿Y todo por qué? Porque Costa era republicano.

¿Y Costa fue republicano?, ¿lo fue? Yo les doy la respuesta. No podemos negar que lo fue, en un momento de debilidad extrema, de absoluta desesperación, trastornado por sus fracasos políticos. Por lo tanto Costa fue republicano, pero poco y mal.

Se lo voy a demostrar. Miren lo que dijo. (*Enseña esta frase en la pizarra y lee*). “Con un Estado como este es imposible que en España hubiera partidos políticos”. ¿Esto es ser republicano, eh?, ¿puede existir la República sin partidos? (*Y sigue*). “¿No es nuestra forma de gobierno un régimen parlamentario viciado por corruptelas y abusos? Mientras la revolución no se haga...”. Lo primero que hacemos es borrar esta frasecita, que no sé quién la ha puesto aquí. (*Borra la frase “Mientras la revolución no se haga...”*). Copiamos y no sabemos lo que copiamos, y pasa lo que pasa...

La revolución, claro, que Costa habló de la revolución. Pero de aquella manera, ustedes ya me entienden, ¡cuando se enfadaba! ¿Quién no ha dicho cosas sin pensar mientras está

enfadado? Pues eso le pasaba a Costa: con esa dureza aragonesa, de aragonés de pueblo, ustedes ya me entienden, pues dice cosas de la revolución sin pensarlas mucho. No tiene importancia histórica. ¿Costa, un revolucionario? Por favor, ¡Costa era una persona de orden! Mírenle la cara. (*Saca un retrato*). Tuvo momentos de debilidad, momentos en los que la enfermedad y la vejez trastocaron su cabeza. Hasta del socialismo habló en esos momentos, y glorificó a Pablo Iglesias. ¡Se equivocó! Y nosotros, ¿qué podemos hacer nosotros para preservar la memoria de este genio? Lo mejor es eliminar esas palabras que podrían confundir al ingenuo lector y manchar su memoria. (*Arranca las hojas*). Para que permanezca lo esencial, para separar el grano de la paja. Y lo esencial es que Costa fue más que un sabio, fue un profeta con visión de futuro que anunció la llegada de un hombre providencial. Y, si no, oigan esto: “Necesitamos un cirujano de hierro, que tenga buen pulso y un valor de héroe, y, más aún que valor, lo que llamaríamos *entrañas* y *coraje*, para tener a raya a esos enjambres de malvados”. ¿De quién piensan que está hablando el maestro? Yo también lo estoy pensando, pero esperen, que todavía añade: “Precisamente, entiéndase bien, se trata de un hombre *providencial*, adornado de cualidades extraordinarias, un *superhombre*, un *genio*, un *héroe*”. ¿Y en quién están pensando? Ya lo han adivinado, ¿verdad? No puede hablar de otro. (*Saca el retrato de Franco*). ¡Sí, lo han adivinado! Aquí tienen mi libro. Aquí pueden leer mi magnífica interpretación del espíritu del gobierno de la raza superior. La raza superior... ¡Qué gran hombre!

Mi libro, si me permiten la libertad, va a acabar con las siguientes palabras: “Los españoles, los españoles auténticos, los nacionales, deben reclamarlo como suyo, como guía espiritual permanente”. Y acabaré con unos versos que yo mismo he compuesto para la ocasión:

¡Oh manes de Aragón, Costa y Aranda,
alzado de vuestros lechos sepulcrales
y contemplad las obras inmortales
del insigne Caudillo que hoy os manda!

Eso me dijeron: ¡que no se podía hacer un libro sobre Costa y el espíritu nacional! (*Se enciende un puro*). ¿Tiene fuego, señora?

Sombra 9. Mujer pobre y analfabeta, pero no tonta.

Personaje, más que verdadero, deseado. De mirada clara y rostro limpio. Más despejada que guapa, más sincera que habladora. Es la menos sombra de las sombras, pues marca un deseo de luz del autor del texto y, seguramente, del propio Costa. Es claramente una flor de secano, aunque por el bien y la verosimilitud del drama conviene que no sea demasiado exuberante.

MUJER POBRE. — (*Entra con un puro*). No, yo no voy a fumar, me lo ha dado ese señor para mi marido. No sé por qué me han traído aquí con tanta gente sabia. No conocí a Costa, lo oí una vez de lejos. Estaba dando un mitin, aunque las mujeres no íbamos a esas cosas, pero lo escuchábamos desde la plaza, con aquella voz que tenía...

Reconozco que, mientras cosía, yo estuve atenta a lo que decía. “La escuela y la despensa, la despensa y la escuela, son las llaves de la regeneración española”. Me acuerdo de esas palabras, que aunque no he ido a la escuela tengo buena memoria, y tampoco soy de las más tontas... Pero no sé qué quieren que les diga yo de este hombre. Por lo que oí, quería que la gente estudiara y que comiera. A mí me pareció imposible, porque, tal y como somos de pobres, todas tenemos que salir a los cinco años a trabajar... Digo yo que, si fuéramos a la escuela, aún pasaríamos más hambre. Si los críos de los que son más pobres estuvieran en la escuela, ¿quién iba a ayudar en el campo y en la casa? Aún se pasaría más hambre, digo yo.

Ya les he dicho que no sé por qué me han llamado aquí, que poco les puedo decir. A lo mejor debía habérselo dicho al marido...

Me aprendí un trozo de lo que dijo. Las otras mujeres no se lo podían creer, cómo se me había quedado en la cabeza. Pero es que, aunque no tengo estudios, la memoria me va bien, que me acuerdo de muchas cosas: “El que tiene la llave del estómago tiene la llave de la conciencia, y por tanto el que tiene el estómago dependiente de ajenas despensas no puede ir adonde quiere, no puede hacer lo que quiere, no puede pensar como quiere, no puede el día de las elecciones votar a quien quiere...”.

Aún se me quedaron más trozos, hablando de la escuela y de los pobres. Un día se los repetí al cura para que me los explicara mejor, pero me dijo que estas palabras era menester olvidarlas, por si contenían cosas del demonio, y que si quería aprender algo de memoria me aprendiera el evangelio. ¡A puro de oírlo en misa!...

Mi marido no le votó. Él dice que esto de las elecciones son embrollos de los ricos, que seremos tan pobres antes de la votación como después. Antes de las elecciones los invitan a una lifara con carne y vino, y hasta les dan algún regalo, ¡para agradecer el voto, claro! A mí me parece... Si votáramos las mujeres, seguro que nos regalaban algo también. Pero no nos tenemos que romper la cabeza con estas cosas.

Bueno, que ya les he dicho que yo les podía decir poco de este señor. Aunque una cosa les digo, y les pido que no se lo digan a mi marido: si yo hubiera podido votar, por más regalos y lifaras que me hubieran *dao* en la casa grande, le hubiera *votao* a él. No sé por qué, pero le hubiera *votao*.

Sombra 10. Borracho ansioso por desmontar mitos sobre Costa.

Hombre con ganas y conocimiento para decir la verdad que el mundo calla. Hombre destrozado por el alcoholismo. Es posible que lo segundo sea consecuencia de lo primero. No nos preguntemos de donde ha salido este íntegro y escuchemos su discurso, poseído por el propio Costa en su faceta más rabiosa.

DISIDENTE.— ¡Tranquilos, que no fumo ni armo bronca! Está *apagao*, ¿no lo ve?

Costa, el impulsor de España... ¡Me río! No querían dejarme entrar porque no lo quieren oír: 42 libros, 7 prólogos, 450 artículos, 120 manifiestos... ¡Una barbaridad! ¿Para qué?: para el fracaso. En vida le quitaron la novia, la hija, las cátedras que mereció, absurdos tribunales dictando a favor de los recomendados le robaron los premios a los que concursó, el puesto de académico de la Historia...

Y a su muerte, ¡cualquiera pensaría que entonces no le podían quitar nada más! ¡Ja, ja, ja! Aún no estaba el cadáver frío que ya empezaron amigos y enemigos a competir por ver quién alcanzaba el récord del elogio. Toda alabanza se considera insignificante. Hay quien, en el colmo de la idiotéz y sin saber cómo halagar más, le llama *monstruo*. ¡Estaba acabado el diccionario de las excelsitudes!

Aquel hombre recto y austero, aquel que odiaba las celebraciones vacuas, tiene que ver desde la muerte cómo desde el primer día no hay ágape ni brindis patético con pernil incorporado donde no se le invoque, ni cuchipanda electoral a la que al Único Hombre no se cite como recurso para decorar con flecos, festones y colores vivos. Como el León está muerto, no hay bestezuela de la historia natural que no se atreva con él y que no quiera adornarse con sus despojos. Nada de sus ideas, de sus anhelos... ¡Pero, venga, otro brindis, otra calle! ¡Todo un fracaso!

En Graus dijo que se le enterrara, y a las primeras de cambio se lo llevan a Madrid al Pabellón de Hombres Ilustres... Y no les importó incumplir su voluntad.

Dicen que el populacho, concentrado espontáneamente, paró el tren que llevaba el cadáver. Una multitud enardecida obligó al Gobierno a ceder y Costa hubo de ser enterrado allí, en Zaragoza. ¡Me río del pueblo, me río de la espontaneidad! ¡Ingenuos! ¿La voluntad del pueblo? ¡La prensa local manipuló a las masas! Eso, combinado con la acción del Gobierno de Madrid, que temía que si le cargaban el muerto, valga la expresión, iba a tener una manifestación republicana a cuenta del entierro. Por eso desde Madrid, a través de sus agentes en Zaragoza, se trabajaba para exaltar a las masas y conseguir que el tren se detuviera y el cadáver de Costa no llegara a Madrid.

Allí se quedó enterrado, en Zaragoza. ¿Y quién le había de erigir un monumento? El dictador Primo, junto con la monarquía. ¡Otro fracaso! Ahí estaba Primo de Rivera, declarándose heredero de Costa. ¡Me río a carcajadas!

“Siete llaves sobre el sepulcro del Cid”, decía Costa. Pues el Cid ganó batallas hasta después de muerto y Costa siguió fracasando hasta después de morir.

Ya me voy, no se inquieten, me da vergüenza este país y este fracaso.

Aquellos periódicos que exaltaron a las masas con el cadáver caliente y que iban a abrir suscripciones, los mismos que habían mutilado sus escritos, guardaron silencio: no recaudaron ni un duro. Aquella “media España” que iba a contribuir con dinero cerró la bolsa, el Ayuntamiento de Zaragoza entró obligado a última hora, los dos grandes casinos que colgaron crespones negros al pasar el féretro, ¡me río de ellos!, el aristocrático no dio nada y el otro 12 pesetas entre 3200 socios. ¡Este es el agradecimiento de un país!

Me voy con sus palabras: “Aquí falta educación e instrucción, pero este país es refractario a la cultura y hace falta que los extranjeros nos obliguen por la dura ley de la fuerza a civilizarnos”.

¡Adiós, señor Costa! ¡Adiós, fracasado!

Parte III

Textos como sombras, o como ecos.

En el Gobierno hay impotencia; en las Cortes, ambición y falta de patriotismo; en el partido caído, planes maquiavélicos; en las clases altas, mucho miedo; en las bajas, mucha hambre; la República forcejea; la monarquía vergonzante quiere arrojar su engendro sin atreverse; los periódicos azuzan; los clubs atisban; el comercio y la industria están postergados.

Si fuera permitido a un buen ciudadano desesperar de la salvación de su patria, nunca como hoy serían más oportunos sus lamentos.

Si al fin hubiera pan, si al fin la hacienda estuviera próspera y la agricultura pujante, los duelos con pan son menos; pero el pauperismo crece, aumentan los vicios en el pueblo, quédanse desiertos los campos y puéblanse de pretendientes los ministerios. ¡Cuánta miseria! ¡Cuánta ignorancia! ¡Cuánto egoísmo!

Momento final. Sombras varias. Pueblo y aledaños del maestro. Sombras reunidas, coro de voces que se desconocen entre sí. Unidas por la memoria de Costa, hablan desde tiempos distintos y esperamos que contribuyan a reunir los trozos rotos de la historia del maestro.

PRESENTADOR. — Señores y señoras, aún nos quedan voces por oír. Los trozos rotos de la memoria aparecen ante nuestros ojos. Ahí tenemos a la madre de Costa, sabemos que su voz y su relato harían llorar al León si estuviera aquí. Oigámosla unos segundos.

MADRE DE COSTA. — Tu padre te ha escrito hoy. Está acabado, como nunca lo he visto. Juan, tu hermano, ha muerto: el único hijo que podía ayudarle a trabajar ha muerto a los doce años rabiando y abrasado por la viruela. Cada vez somos más pobres, vivimos todos apiñados en una habitación de la que nos quieren echar. Debemos mucho, Joaquín, aquellos duros que te mandamos la última vez nos pesan cada vez más. Si vienes a casa encontrarás que tu hermano ya no está, me verás envejecida y verás a tu padre acabado por el trabajo y las deudas: eso es lo que verás, si vienes.

PRESENTADOR. — No insistamos más en este tema. Nos llevaría a terrenos pantanosos, a preguntas de difícil respuesta: ¿ayudó bastante Costa a su familia?, ¿correspondió al sacrificio que todos hicieron para que estudiara?, ¿qué hizo con el dinero que ganó o que pidió prestado? Oigamos a sus acreedores. Hemos traído una pequeña representación, claro, ¡oírlos a todos sería imposible!

ACREEDOR 1. — Lo primero que hay que decir es que hemos venido nosotros en representación de todos. Pidió dinero a tantas personas que no hubiéramos cabido todos. Hemos venido nosotros representando a usureros, amigos, intelectuales, familiares cercanos y lejanos, eclesiásticos, toda una mirada de gentes. Y lo primero que queremos dejar claro, para que

no haya confusiones, es que no somos usureros, que la mayoría de los que dejamos dinero a Costa éramos amigos o admiradores suyos, gentes que sabíamos lo mal que lo pasaba el sabio y que...

PRESENTADOR.— Que Costa lo pasaba muy mal, señores, que si nos pedía dinero era porque lo necesitaba, que muchas veces solo tenía dos botas para ponerse, ¡y las dos del mismo pie! ¡Había de dejar una en agua toda la noche para podérsela poner al día siguiente en el otro! En el invierno, sin calcetines, sin zapatos, metiéndose en la cama por la tarde para escapar del frío... No podía ni comprar tinta ni papel, ni pagar una copia del certificado de bachiller, ¡que no podía sacar los diplomas del doctorado!

ACREEDOR 2.— Si me permite, hemos estado hablando aquí con los compañeros. Costa era pobre, muy pobre, e inteligente. Con su inteligencia consiguió unos estudios. ¡Muy bien! ¿Qué hizo luego con esos estudios?, ¿se dedicó a ganar dinero? ¡No, se puso a estudiar más! Bien, Costa siguió estudiando, obtuvo más saber... ¿Qué hizo con ese saber?, ¿lo dedicó a ganar dinero? ¡No, se dedicó a estudiar más, a escribir, a pensar! Ganar dinero no es fácil, desde luego, para hacer dinero hay que poner interés. ¡Y Costa no sabía! Además, y esto no podemos dejar de señalarlo, detectamos ciertas costumbres poco recomendables para alguien que quiere hacerse rico: era honesto, era honrado, no aceptaba regalos ni sobornos. Y lo más grave: ¡nunca quiso que lo recomendaran! ¿Cómo iba a ganar un buen puesto en España sin recomendación? ¡Qué ingenuo! Y todavía peor: ¡nunca recomendó a nadie! ¡Así es imposible, hombre! ¿Ustedes saben los beneficios que aporta recomendar en España? Primero, el recomendado deberá dar un regalo valioso en función de la importancia de la recomendación, y aun así quedará en deuda el recomendado, que en el futuro deberá devolver el favor...

CONTRARRECOMENDADO.— Yo doy fe de la tozudez y la mala baba de este señor, Joaquín Costa. ¡Vaya tío antipático! ¡Un resentido! A mí me la jugó bien. ¡Y aún hay gente que dice que era un gran hombre!... Mi padre le pidió una carta de recomendación, ¡y la hizo de contrarrecomendación! Sí, como lo oyen, a ustedes les parecerá muy gracioso, pero a mí este tipejo con su carta llena de retórica y mala leche me hizo perder el puesto que mi padre me había apalabrado y me dejó en ridículo. Miren cómo acababa: “Así que vería con gusto que al opositor José Luis Amigo (o sea, ¡a mí!) se le rebajase la nota en castigo por su poca fe y por la ofensa que infiere a los jueces al dar por supuesto que son necesarias influencias para dar un puesto”. ¿Ustedes ven qué inquina la de este papel?, ¿le había hecho yo algo a este hombre?

PRESENTADOR.— Estamos entrando en terrenos pantanosos, amigos. A la par el tiempo se nos acaba y hay que ir rematando la historia de este hombre. No podemos hacerlo sin dejar de oír al médico. “¿Por qué el médico?”, dirán ustedes. Ahora lo entenderán.

MÉDICO DE COSTA.— Solo un médico puede entender el carácter de Costa, el famoso mal carácter de Costa. Rudo, iracundo... ¡Me río de eso! Ustedes no entienden a Costa porque no entienden su enfermedad, una enfermedad para la que no tenemos cura, una enfermedad de la que no sabemos nada. Le dábamos drogas, le dábamos corrientes... ¡Palos de ciego! Dicen que cuando caía al suelo lanzaba improperios a quien estaba a su lado: es que si se caía no podía por sus propios medios levantarse del suelo, por eso gritaba.

Después de la adolescencia la masa muscular comenzó a atrofiársele a Costa. Le afectó a los dos hombros, el derecho quedó más bajo que el izquierdo y los homoplatos se hicieron

salientes. Levantar el brazo debía de ser un infierno, trabajaba más de doce horas y dejaba de escribir cuando el dolor era insoportable. ¿Que Costa tenía mal carácter? Costa sufrió toda su vida terribles dolores.

Cuando se hizo adulto la enfermedad le atacó al muslo y al cinturón pélvico, haciendo que andar fuera un infierno. Siguieron luego los músculos del cuello... Eso hacía que siempre que podía apoyara la cabeza en el respaldo de la silla o en una pared, lo que le daba una sensación de altanería: no era altanero, ¡le dolía mantener la cabeza levantada!

¿Aún hay alguien que quiera decir que Costa tenía mal carácter?

Por eso era maniático a la hora de hablar en público, por eso no le gustaban los retratos, señores, entiéndanlo. Costa era un hombre roto por dentro, un hombre que se apuntalaba cada día para que su cerebro, la única parte del cuerpo que no se vio afectada por la enfermedad, siguiera trabajando.

PRESENTADOR.— Enternecedor, señores, pero estamos acabando. Aunque María Pilar, su hija, nos quiere decir algo. ¿O la llamamos mejor *Antígona*?

HIJA DE COSTA.— Lo recuerdo cansado, sudado. Lo he visto volver de los mítines derrotado, viendo cómo sus palabras caían en balde. Sufrió mucho y no tuvo nunca paz. Era íntegro. De pequeña me llevó a algunas reuniones. Yo permanecía sentada sin atreverme a mover los ojos, porque aquellas graves personas me asustaban.

Yo lo vi en sus mítines. Llevaba un traje demodé. Su voz, con algo de acento catalán, sus dificultades para hablar, su acento...

Luego empezaba a hablar. Clamaba: “¡Gobierno de los peores!”. Llegaba incluso a insultar al auditorio: los llamaba brutos, puercos, eunucos... Yo me asustaba, entonces el auditorio prorrumpía en aplausos. “¡El León ha vuelto!”, gritaban. Tras soltar aquella catarata de improprios, allí en el estrado, lloraba, y la sala quedaba en silencio. También los gigantes pueden ser mansos.

PRESENTADOR.— Podríamos terminar aquí, pero yo quiero que este coro acabe con un hombre que no conoció a Costa, que vino de lejos para verlo, y Costa estaba ya muerto. Que cierre él esta galería de sombras. Hoy lo hemos traído, ha venido en medio de su consternación, quiere hablar del genio.

VIAJERO FRANCÉS.— Yo no vi a Joaquín Costa. Llegué a España, crucé la frontera, para conocerlo. Ciudades por las que el tren no pasa, viajes interminables por caminos de polvo. A los lados, jornaleros sin tierra trabajando de sol a sol, mal alimentados. Si no llueve, como no hay riego artificial, ¡sacan a la Virgen en rogativa! Eso vi. Se labra como en la Edad Media, con arado romano, pero al jornalero le prestan el dinero al doce por ciento, en papeles que firma con una cruz sin comprender puesto que no sabe leer, atribulado por un Estado que no le da nada pero que lo carga de impuestos para que pague la educación de otros, los derechos de otros, la vida de otros... Y así cultiva su miseria en unos campos que no son suyos, sin abonos, sin conocimientos. Sacará un trigo que no será suyo, algo con lo que alargar su agonía, que el cura con tino definirá desde el púlpito como “este valle de lágrimas”.

Fui buscando a Costa, sin saber que ya no estaba, y encontré niños de cinco años trabajando como hombres, hombres jóvenes con aspecto de viejos, flacos por el trabajo de sol a sol, flacos por la mala alimentación, fosilizados en vida. Todos bajo un sol de justicia; o, mejor, ¡de

injusticia! Rezando para no ponerse enfermos; rezando para curarse, si se ponen enfermos; rezando, que es gratis, para no morir, que el entierro vale dinero; rezando, que es gratis, porque quizá el médico, si está de buenas y tiene tiempo, vendrá por nada. ¡Pero, aunque acierte en el diagnóstico, no habrá dineros para medicinas!

Esto es lo que vi mientras iba al encuentro de un hombre que ya estaba muerto. No conocí a Costa, ¡pero vi a sus gentes!, y viendo a sus gentes comprendí a Costa, me encontré con Costa.

Frase final, ecos o letras.

He vivido en una perpetua ansiedad. Todo me ha huido...

Tomé mal la embocadura de la vida; es ya tarde para enderezarla...

Hace mucho tiempo que comencé a ser un irredimible (ya cuando me hicieron académico)...

He consumido todas las reservas que poseía (ya mermadas por la herencia), y la labor forzada de los libros y las adversidades y los despojos, desde el despojo de la cátedra, que me ha impuesto tantos combates, tantas tribulaciones, etcétera, para ganar la comida (insuficiente y agotadora también), hasta el despojo de La Solana, por caciques, jueces, curas, ¡obispo!..., en subir, en hacer apellido. Cuando lo he hecho, era viejo y estaba agotado...